

# Juan Gómez Bárcena

Lo demás es aire





Seix Barral Biblioteca Breve

---

**Juan Gómez Bárcena**

Lo demás es aire

---

© Juan Gómez Bárcena, 2022  
Autor representado por The Ella Sher Literary Agency  
© Editorial Planeta, S. A., 2022  
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Esta obra ha tenido el apoyo para su creación del Ministerio de Cultura y Deporte a través de la convocatoria de las ayudas a la creación literaria correspondientes al año 2021

Primera edición: mayo de 2022  
ISBN: 978-84-322-4068-3  
Depósito legal: B. 7.255-2022  
Composición: Moelmo, SCP  
Impresión y encuadernación: CPI Black Print  
*Printed in Spain* - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

---

Treinta y dos casas, cuatro hoteles rurales, una iglesia, ningún bar. Una aldea tan insignificante que a menudo se confunde con el último barrio de Cóbreces o con el primero de Oreña. Poco más de dos kilómetros cuadrados de extensión; treinta y cinco metros de altitud sobre el nivel del mar; ciento veintiún días de lluvia al año. Un arroyo casi sin agua que viene a morir a los acantilados. Un mar casi siempre gris. Un cielo que puede ser muchos cielos en un mismo día, virando rápidamente del gris al blanco y del blanco al azul y del azul de nuevo al gris. Muchos verdes distintos en la hierba, en las copas de los árboles, en los maizales. De vez en cuando, un puñado de vacas negras y blancas, pastando. Un tractor que viene y va. Ninguna persona. Nada parecido a una plaza, a un ayuntamiento, a un centro social: solo algunos bancos de madera dispersos por los caminos, casi siempre vacíos. Vacíos los bancos y vacíos también los caminos. Eso es Toñanes: un censo de doscientas ochenta vacas y cien personas —¡qué vamos a ser cien!, dice Lola Valdés, meneando la cabeza; eso era antes, nene, ¡ahora ni cincuenta quedaremos!—. Antes: noventa y cuatro habitantes según el Catastro de Ensenada, ochenta y tres según el censo de Aranda, ciento veinte según el Madoz, noventa y seis según la Wikipedia; cincuenta o menos de cincuenta según Lola Valdés —es porque no hay trabajo, hijo. ¿Aquí qué van a hacer, los jóvenes? ¿Aquí quién te va a criar un niño?—. Ese es el destino de los pueblos

2021

2019

1752

1768

1850

2017

2019

2021

---

que viven en la orilla de una carretera o de cara al mar: tanto ver y llegar barcos, tanto escuchar las historias de los viajeros, resulta casi inevitable entregarse al sueño de que en otra parte encontraremos ese destino propicio que nos aguarda. Porque Toñanes es también eso: una carretera. Un lugar por el que la gente pasa y no se detiene. Un lugar del que marcharse para no regresar. Un minuto y cinco segundos: el tiempo que tarda en atravesarse Toñanes de lado a lado, a una velocidad media de ochenta kilómetros por hora. La historia de Toñanes es, también, la historia de esa carretera.

Un tramo de la carretera autonómica 131, a medio camino entre Santillana del Mar y Comillas.

1958 Una carretera comarcal con el asfalto lleno de baches.

1891 Un camino de gravilla que se desliza entre los prados, escoltado por una hilera de alisos.

1764 Una calzada de fango y morrillos desparejos, encajonada entre tapias.

1323 Un sendero de tierra.

2021 Eso es Toñanes: un camino mejor o peor, pero siempre camino. Un pueblo hecho solamente para eso, para pasar, para que ni los acontecimientos ni las personas se detengan nunca. Y pasan. Pasan los buhoneros. Pasan

1815 los peones. Pasan los peregrinos que vienen a curar una

1904 / 1645 lepra o los remordimientos de un crimen antiguo a Santiago. Pasa un Renault Clio rojo. Cuatro reclutas de la

2017 / 1693 compañía de coraceros del capitán Fernando Velarde.

1992 Los ciclistas de la Vuelta a España en la etapa Santander-Lagos de Covadonga, con Perico Delgado a la cabeza.

1803 Un oidor de la Chancillería que viene a mediar en una cuestión de lindes —es la tercera vez que Francisco Gómez de Villegas perderá el mismo pleito—.

1909 Pasa un 20 caballos Hispano-Suiza. Pasa un pelotón de milicianos que

1937 empujan una ametralladora Maxim de calibre 7,62, encasquillada. Pasa una calesa con las cortinillas echadas.

1889 Pasa la furgoneta del pescatero los martes; pasa Luis el

---

frutero los miércoles; pasa el repartidor de la panadería  
 todos los días y deja colgando de la manecilla de cada  
 puerta los panes que se le pidan. Pasa la camioneta de 1987  
 los helados, cada año más vieja, y los niños que se arremolinan en torno cada vez más escasos y cada vez me- 1993  
 nos niños, hasta que deja de haber niños y por último 1997  
 deja de haber camioneta y helados. Pasa el maquis Juanín con una gallina bajo el brazo. Pasa el coche de Benito 2001 / 2003  
 Pérez Galdós. Pasa una criada loca o que parece loca 2006 / 1949  
 envuelta en una especie de frazada, dando voces y claman- 1831  
 do que sus señores la envenenan, que necesita ayuda, por caridad, por el amor de Dios; hay tantas razones  
 para creerla como para no creerla, y los habitantes de  
 Toñanes la ven agitar sus manos inútilmente, y resistirse  
 a arañazos y mordiscos al alguacil que viene a retornar-  
 la a su casa. Pasa un pelotón de la Milicia Nacional. Pasa 1821 / 1844  
 una pareja de la Guardia Civil. Pasa un pelotón de la Mi- 1874  
 licia Nacional. Pasa una pareja de la Guardia Civil. Un ve- 1889  
 terano de la guerra de Cuba, que mendiga limosna con  
 la mano que conserva. Un lobo con una gallina aún tem- 1906  
 blándole en el hocico, camino de su madriguera. Un ar- 1680  
 cabucero con una cabeza de lobo en el regazo, camino de  
 cobrar el real que le corresponde. Pasa una maestra que 1681  
 llega a la parada del autobús de línea con su maleta de car- 1934  
 tón y antes de deshacerla ya quiere dejar el pueblo, pasar  
 por él lo antes posible —ese pasar durará cuatro años; cua-  
 tro años de morir de frío y de asco en el edificio recién  
 construido de las escuelas, mientras aguarda un nuevo  
 destino—. Pasa el coche del médico, pero ya es dema- 1951  
 siado tarde. Un mochilero. Una pareja de mormones per- 1997 / 2004  
 didos, que se secan el sudor de la frente con un pañuelo  
 bordado. Los veinte seminaristas de la Abadía de Viace- 1956  
 li en fila india, camino de la presa donde van a darse un  
 baño. Un Seat Ibiza. Pasa Julián en su tractor —tiene solo 2019 / 1992  
 once años; su padre le ha colocado sobre el asiento un la-  
 drillo de obra, para que llegue al parabrisas—. Pasa Vi- 1839

---

centa con su carro y José que la saluda desde la vera del camino —Eh, dice él; Eh, dice ella; todos los días lo mismo, sin que José se atreva a preguntarle lo que quiere preguntarle—. Pasa un camión portugués con matrícula portuguesa. Pasa un camión portugués con matrícula de la Unión Europea. Pasan unos niños disfrazados de dinosaurio, de margarita y de presidiario camino de la fiesta de carnaval de Novales —la margarita ganará el primer premio del concurso—. Pasa el autobús de la Cantábrica. Un perro que cruza la carretera sin mirar —le atropellará un Volkswagen el año que viene—. Pasa una reata de mulos. Pasa un veraneante, todos los veranos, todas las vacaciones, siempre el mismo veraneante; llega, abre la casa que permaneció sellada durante todo el invierno, saca las tumbonas al sol y pliega las sábanas que cubrían los muebles, siega el césped, poda las buganvillas, repone los arriates de flores, se sienta brevemente para tomar el sol y cuando el sol se pone ya es septiembre y queda el tiempo justo para guardar las tumbonas, tender las sábanas, sellar de nuevo la casa; todos los años promete que algún día se mudará definitivamente a Toñanes y dejará ese trabajo que lo horroriza, esa vida que no quiere: todos los años. Pasa frente a los acantilados una lancha de protección de costas, y un barco corsario francés, y una chalupa que faena. Pasa la galerna del sábado de Gloria. Pasa el coche de Jane Seymour, y detrás el coche del intérprete de Jane Seymour, y aún detrás el coche de su maquilladora, el coche de su asistente, el coche de la responsable de vestuario —vienen a rodar la escena de los acantilados de la película *El túnel*—. Pasa un cazador cubierto con un abrigo de piel de oso y una especie de tiara ceremonial en la cabeza, con una liebre echada al hombro. Pasa un turista francés que viene preguntando por la cueva prehistórica de las Aguas, sin saber que la cueva prehistórica de las Aguas está cerrada casi desde su descubrimiento. Pasa una caravana de gitanos que los veci-

---

nos de Oreña han corrido a varazos y pedradas. Pasa, más depreisa que nadie, el coche de Gento, que toma la curva a destiempo y se estrella contra el pretil del puente y de ahí vuela hasta el río. No ha pasado nada, un accidente del que se salva milagrosamente: el próximo domingo jugará en el Bernabéu y concederá una asistencia. 1961

Así de insignificante es Toñanes: ni siquiera un impacto frontal a 110 kilómetros por hora puede detener a los que lo atraviesan.

Pasan tanquetas de la V Brigada Navarra, legionarios romanos, promotores inmobiliarios: tampoco ellos se detienen. Pasa el cortejo del rey Alfonso XIII en su visita estival a la Montaña: los caballos de la carroza real atraviesan el pueblo al trote. Pasan turistas que hacen un alto para bañarse en la cala de Bolao y mirar el atardecer desde el Pico de la Molina y luego se marchan. Pasa por el azul del cielo la estela de un avión cubriendo el trayecto Madrid-Londres, y por supuesto, ese avión no hace escala en Toñanes. Pasa una bicicleta, pasa un ciervo con una flecha clavada en el lomo, pasa un Seat 127 blanco. Pero no: el Seat 127 blanco no pasa. Aminora la velocidad llegando al cartel de TOÑANES y se detiene en el arcén, a la altura de una de las primeras casas del pueblo. Los cuatro intermitentes. Muchos viajeros hacen también eso: detienen el coche en cualquier parte para tomar una fotografía —una fotografía del mar, una fotografía de las ruinas del molino, una fotografía de los Picos de Europa que azulean en el horizonte— y luego continúan su viaje. Pero el Seat 127 blanco no: ninguna cámara fotográfica. 1937 / 19  
2007  
1924  
2019  
2004  
1993 / -3.274  
1984

El motor que se apaga. Una ventanilla que se baja. El hombre que echa el freno de mano; la mujer que se ajusta las gafas de sol. En los asientos traseros dos niñas con el mismo vestidito blanco: por debajo asoman los tirantes de sus bañadores. El hombre: un cigarrillo en la mano con la que agarra el volante. La mujer: un suspiro casi



---

inaudible. Detrás de las gafas de sol, su mirada de paciencia, de escepticismo.

—¿Hemos llegado ya, papá? —pregunta una de las niñas, con el soniquete cantarín de quien ya lo ha preguntado muchas veces.

Papá no contesta. Solo se vuelve hacia mamá; le pone una mano en la rodilla.

—Será solo media hora, te lo prometo.

Ese es el acuerdo, y mamá aprieta la mano que papá ha puesto sobre su rodilla, en señal de que lo entiende. Media hora: ni un minuto más. Luego irán a la playa.

En los asientos traseros, la curiosidad de las niñas que no cesa.

—¿Hemos llegado ya?

—¿Es aquí, papá? ¿Es aquí?

Y papá, dando una última calada a su cigarrillo.

—Sí. Es aquí.

1984 Aquí. Una casa de piedra, construida a la orilla de la carretera. El portón que no abre del todo, la hierba demasiado alta, el seto que ha tomado posesión de buena parte del jardín. Un anciano detenido en la puerta, que los mira con una mezcla de curiosidad y desconfianza.

—¡Mino! ¡Tío Mino! —grita el padre al verlo.

El anciano —el tío Mino— achica los ojos para ver mejor.

—¿No me conoces? ¡Soy Emilio! Tu sobrino Emilio. El hijo de Paco.

Mino todavía tarda un instante en reaccionar.

—¡Pero, hombre...! —dice al fin—. ¡Miliuco! ¡Miliuco y compañía! ¡Qué sorpresa! ¡La de años que hacía que no os veía, madre!

Miliuco y compañía se acercan. Un largo abrazo entre los dos hombres; algunas palmadas en la espalda. Cuán-

---

to has crecido, dice Mino en algún momento, absurdamente, porque hace veinte años que su sobrino no crece un centímetro. Después se vuelve a la mujer.

—Tú eres Mercedes —le dice antes de abrazarla, como si necesitara que se lo recordaran.

—¿Cómo está, Mino?

—Pues aguantando, hija, que no es poco. Aguantando los veranos y los inviernos y lo que le echen encima a uno. Muy contento de que hayáis venido a verme.

Emilio interviene, procurando rebajar el entusiasmo.

—Íbamos para la playa de Cóbreces y se nos ocurrió pasar a saludarte. No vamos con mucho tiempo, pero al menos queríamos eso, pasar a darte un abrazo...

Su padre siempre se lo dice. Si pasas por la zona de Toñanes, pues le das un abrazo a mi hermano. Id a verle, hombre, que está muy solo y desde la boda no le ves el pelo. Eso dice siempre, y esta vez Emilio obedece. Eso es lo que están haciendo ahora: darle un abrazo y continuar su camino a la playa.

—Así que a la playa. Pues está muy bien eso, hombre. A tomar el sol, que estáis muy blancucos. Madre mía, la de años que hace que no voy yo a la playa. ¡Más años que los que hace que no os veía!

Después se agacha un poco.

—Pero bueno, y estas niñas tan guapas que traéis con vosotros ¿quiénes son? ¿Cómo se llaman?

—Yo me llamo Diana —dice Diana.

Diana: Siete años, puede que ocho. El cabello rubio. La piel pálida; tal vez levemente pecosa. Los ojos azules. Una paleta que falta, como si la sonrisa se le detuviera en un perpetuo silbido.

—Qué nombre tan bonito. ¿Y tú? ¿Tú cómo te llamas?

La otra no dice nada. Se queda levemente atrasada, medio cuerpo escondido tras las piernas de su madre.

—¿Pero qué vergüenzas tienes ahora tú? —dice Mercedes, riendo—. Se llama Marta.

---

Marta: Cinco años, puede que seis. El cabello castaño. La piel pálida, tal vez levemente pecosa. Los ojos verdes. Una sonrisa entera pero levemente ladeada, como si hasta para ser feliz tuviera que pedir disculpas.

—¿Sabéis quién es este señor? —pregunta Emilio, con su voz didáctica—. Este señor es el tío Mino. El hermano del abuelo Paco.

Marta y Diana no dicen nada, porque no hay nada que decir. El hermano del abuelo Paco: pues muy bien. Continúan mirando al tío Mino desde abajo, los ojos un poco guiñados para protegerse del sol. El sol les recuerda, de improviso, la playa. ¿Cuándo van a llegar a la playa? ¿Cuándo los castillos de arena? ¿Cuándo el bocata de mortadela? ¿Cuándo se bañarán en el mar, hasta la tripi-ta? Porque bañarse hasta más arriba es muy peligroso, y mamá siempre dice que una niña como ellas se ahogó. El año pasado no; el anterior.

Pero Mino no piensa en la playa. Mino solo las mira a ellas:

—Pues qué guapas. Qué guapas las dos, madre. Qué bien que hayáis venido a presentarme a toda la familia.

Se hace un breve silencio: uno de esos silencios que preceden a las despedidas. Porque están a punto de despedirse. Al menos eso es lo que cree Mercedes. Ahora cruzarán tres o cuatro preguntas más; Mino les ofrecerá la merienda, y ellos la rechazarán cortésmente porque ya llevan preparados bocadillitos para las niñas; luego se abrazarán de nuevo, prometerán una nueva visita con un poco más de tiempo, se montarán en el coche. Llegarán, al fin, a la playa. Eso es lo que va a pasar. Eso es, al menos, lo que debería pasar. Pero en ese momento Marta, que permanece parapetada tras las piernas de su madre; Marta, que todavía no ha abierto la boca siquiera y se limita a mordisquearse pensativamente el dedo; Marta, que nunca se atreve a hablar a los desconocidos ni mucho menos se atreve a corregir a nadie, alza ese mismo dedo con autoridad y dice:

---

— Toda la familia no.

— ¿No? ¿Cómo que no?

— Falta el hermanito.

Diana interviene, alzando miméticamente su propio dedo:

— O la hermanita.

— O la hermanita — concede Marta.

Lo que sigue es un silencio que dura un instante; el tiempo que los ojos de Mino tardan en viajar de los ojos de Emilio a los ojos de Mercedes, de los ojos de Mercedes al vientre de Mercedes; del vientre de Mercedes, de nuevo, a sus ojos.

— ¡Pero bueno...! ¡Pero bueno, qué sorpresa! ¡Pero si no se te nota nada, válgame Dios! ¡Si estás hecha un palo!

Y entonces los tartamudeos, las explicaciones. Mercedes y Emilio con sonrisas que son todo encías. Es que no tiene ni dos meses: por eso no se le nota. Es que, como quien dice, acaban de enterarse: por eso no le han dicho nada. Es que todavía no se lo querían contar a nadie, por si acaso, pero las niñas, bueno, ya se sabe con las niñas.

El tío Mino no quiere ni pensar en cautelas:

— ¡Bueno, pero esto hay que celebrarlo! ¡Pasad, pasad dentro! A ver si tengo algunas galletas para vosotras, niñas. Y a ver si tengo un vinito o algo, para nosotros...

Se mete a toda prisa en la casa, sin esperar a ver si le siguen. Y ya desde dentro sigue llegando su voz, multiplicada por el eco:

— ¡Sobrino! Ven a que os enseñe la casa. ¿Hace cuánto que no os enseñé mi casa?

Antes de traspasar la puerta, Emilio mira a Mercedes y ladea un poco la cabeza. Ese gesto quiere decir: Te juro que treinta minutos y nos vamos. Mercedes se limita a enarcar las cejas. Ese gesto quiere decir: A ver si es verdad.

La casa por dentro. Mino que de pronto se ha olvidado del hermanito —o de la hermanita— y se demora

---

mostrándoles las habitaciones. Aquí está el aseo —un retrete resquebrajado, un barreño de latón; nada más—. Aquí la cocina —un hornillo de carbón con los azulejos ahumados; una mesa llena de tajaduras; ninguna nevera—. Aquí está el cuarto de lavar la ropa. Aquí los aperos. Esta de aquí es mi habitación. El cuarto de allá no lo uso para nada. La socarrena, que es donde guardábamos el carro. El desván ni os lo enseño, familia: están las tablas que se caen a pedazos y ya ni subir se puede. Las niñas vagan con ellos por las habitaciones, aplicadas a mordisquear las galletas María que tienen en la mano. En algún momento se aburren y salen a jugar al jardín; Mercedes suspira. Qué sucio está todo. Qué sucio y qué viejo: cómo el tío Mino, cómo un ser humano puede vivir en un lugar como este. Eso piensa. Emilio, en cambio. Hace un momento parecía tener tanta prisa y ahora está ahí, mirando y remirando cada antigualla que Mino le enseña. Hasta le relumbran un poco los ojos cuando ve el costurero donde remendaba su tía. Claro que él tiene la ventaja de no ver solo muebles viejos y perolas cubiertas de herrumbre y trillos descabalgados: Emilio ve también, en todas esas cosas, sus propios recuerdos. ¿No te acuerdas tú, Miliuco, de que te gustaba jugar ahí, en el cuarto de tierra? Se acuerda. ¿Te acuerdas de que por aquí metíamos el verde? Se acuerda. ¿Te acuerdas del año que pasaste en Toñanes, en esta casa, cuando a tu padre le cerraron el bar? Se acuerda también, claro: cómo va a olvidarse. De vez en cuando incluso le devuelve a Mino algunas preguntas. Y esto que tienes aquí, ¿qué es? Esto es una picadora de panojas de maíz. ¿Y esto? Esto, para hacer quesos. ¿Y esto de aquí? Coño, Miliuco, que pareces de fuera: esto es un cedazo para cerner la harina.

Emilio mirando el pasado. No ve lo sucio que está todo, ni la falta de bañera, ni la incomodidad de lavar y fregar la loza con el agua del aljibe. Lo que ve es a su tía guisando unos caracoles a la montañesa en la cocina de

---

carbón; ve las manos del último hombre que usó el trillo, 1978  
el dalle, el horcón; ve a los obreros —fueron dos mozos 1939  
del pueblo, según ha escuchado contar— que construyeron la casa bajo el sol de la posguerra, hablando de sus cosas mientras echaban la argamasa sobre las piedras; ve lo que había antes de construirse la casa —tal vez un bosque; tal vez un campo de trigo— y paseando por ese bosque, por ese campo de trigo, ve a sus antepasados, 1871  
con sombreros extravagantes y ropas y zapatos que parecen sacados de un cuadro de época. Eso es lo que ve, 1772  
y por eso sonrío, como sonreían las niñas al mordisquear las galletas. 1984

Mercedes mirando el futuro. Ve el Seat 127 llegando a la playa, tal vez cuando ya es demasiado tarde para bañarse. Ve a las niñas que no quieren el bocata, porque primero se atiborraron de galletas. Ve el interior del coche, en el viaje de regreso a Santander: ni una palabra, en ese viaje. Y ve también la casa de Mino, y en ella lo que falta y lo que sobra. Ve el jardín sin aljibe y una conducción de agua corriente. Ve un entarimado de pino en lugar de las tablas podridas del desván y un techo de escayola y baldosines en el suelo de tierra del cuarto de tierra y barniz en las balaustradas de las ventanas y ningún lavadero en el cuarto del lavadero y ningún apero en el cuarto de los aperos. Ve la cocina y piensa: Pues ahí cabría una lavadora. En el baño, claro, una ducha o una bañera. Esta arteasa sobra. Este trillo sin piedras para qué se necesita. Así es Mercedes. Llevan varios años buscando sin convicción y sin esperanza, casi por deporte, una casita de campo que sea bonita y cueste muy poco, casi nada. Un lugar donde las niñas puedan jugar y crecer. Tal vez por eso se ha acostumbrado a mirar todas las casas de campo así: no mirando lo que hay, sino lo que falta. 1985  
1987  
1989  
1990  
1994  
1984

En ese momento las niñas regresan corriendo del jardín; se atropellan en la puerta para compartir la noticia que les quema en la boca.

---

—¡Hemos visto una vaca!

Él mira lo que fue; ella mira lo que podría haber. Las niñas miran lo que el presente pone ante sus ojos. Por ejemplo: una vaca.

El tío Mino se agacha un poco para quedar a la altura de sus ojos y de su entusiasmo.

—¡Bueno, bueno! ¡Una vaca! ¿Dónde la habéis visto?

—¡En los pastos! —grita Diana, que ha crecido viendo capítulos de *Heidi*.

—¡Así que en los pastos! ¿Y no os ha mochado? Mirad que las vacas aquellas mochan a todos los niños...

Ellas niegan con la cabeza. Sonríen o medio sonríen —la sonrisa sin paleta de Diana; la sonrisa ladeada de Marta— porque están casi seguras de que es una broma del tío Mino. No seguras-seguras, pero casi seguras.

—¿Hay cabritillas también? —pregunta Diana, que no puede quitarse *Heidi* de la cabeza.

—¿Cabritillas? Pues no. Cabritillas no tenemos. Pero Carmen y Biel acaban de tener una camada de conejos. Está la casa aquí mismo. ¿Queréis verlos, los conejos?

Ven los conejos. Ven los gatos de Cardo y las ovejas de Mirina y las cotorras de Lola. Ven el chon —el cerdo— de la casa de los siete hermanos. Las gallinas de Vicente; los toros de Antonio Luis. Recorren todo el pueblo como quien visita un zoológico de bolsillo, y en algún momento de ese trayecto se cumple la media hora acordada, y una hora más, y dos horas completas, y Emilio se vuelve para mirar a Mercedes y encogerse de hombros. Es su forma de pedir disculpas. Pero a Mercedes ya no le importa la playa, o al menos no demasiado. Ve a las niñas reír mientras corretean por los caminos; las ve sostener en brazos uno de los conejos de Biel, tan suave; las ve acariciar al perro de Mariuca y perseguir a los gatos de Cardo y arrojar puñados de maíz a las gallinas de Vicente, y tiene que reconocer que no está siendo peor que un día de playa. Emilio y Mino van un poco rezagados, hablando de lo que To-

---

ñanes fue, de lo que pudo ser. Cago en diez, está diciendo Mino, cuántas veces vi yo a mi madre..., ¡a tu abuela, Milio! Cuántas veces la vi yo llevando sacos de grano al molino aquel. ¿No sabías tú que por ahí había un molino? ¿No sabes que aquí andaba la casa de la familia y la tiraron y con las piedras hicieron la tapia aquella? ¿No sabes que me acuerdo yo de antes que hicieran las escuelas y cuando todavía se sacaba blenda de la mina de Brincia? Eso le dice. Pero Mercedes los escucha apenas. Está demasiado ocupada mirando el futuro. Ve a Diana y a Marta jugando con los gatitos, y ve también, correteando a su lado, a su hijo sin nombre. No ve a su hijo de un modo definido: no es ni moreno ni rubio, ni alto ni bajo; no se parece más a mamá o a papá. Ni siquiera sabe si es una niña o un niño. Solo sabe que es su hijo, y eso basta. 1992

Cuando regresan a la casa todavía quedan algunos minutos de sol, y Mino saca una mesa al jardín. Dos Kas de limón para las niñas, una botella de vino para ellos. Bueno, hombre, bueno, ¿y a ti qué te pongo?, pregunta, mirando el vientre de Mercedes. A mí otro Kas de limón, dice. ¿Como las niñas? Como las niñas. Brindan por el reencuentro y brindan por el hijo que viene y luego, cansados de hablar del presente, del futuro, la conversación regresa a los días pasados. Buena me salió a mí esta casa, buena, dice Mino. ¿No sabéis que yo de mozuco anduve por Sevilla, a ganarme la vida, y que solo me traje de vuelta el apodo? ¿No sabéis que a la mujer mía se la llevaban los demonios porque los de aquí empezaron a llamar Casa Sevilla a la casa, y ella decía que la casa era suya y que yo no pintaba nada? ¿No sabéis que ahí junto al bebedero de mi casa mataron a un pobre hombre, cuando la guerra? ¿No sabéis que a mí me metieron en la cárcel, por decir lo que no debía? Emilio y Mercedes lo saben, pero igual lo escuchan. 1984

Empieza a caer la tarde. Las niñas jugando a la sombra del ciruelo. Se está bien en este jardín, piensa Merce-



---

des. Es a su modo bonita, esta casa. Habían previsto regresar a Santander no más tarde de las ocho —porque las niñas se bañan a las ocho, cenan a las nueve, se van a la cama a las nueve y media— pero no hacen ningún movimiento.

Mino está repasándose los dientes con un palillo. Es entonces cuando lo dice:

—Pues qué buena tarde hemos pasado. Cómo me alegro de que vinieras, sobrino. ¿Sabes que al principio ni te conocía? ¡Te tomé por un comprador!

—¿Un comprador? —pregunta Emilio.

—Pensé que veníais por la casa.

—¿Pero es que la vendes?

Mino señala una de las ventanas. Pegado a los barrotes, un letrero que no habían visto hasta ahora. Luego comienzan las explicaciones. Dice que ya está mayor; que a su edad un hombre busca comodidades. Dice que desde que murió Vicenta esta casa se le hace demasiado grande. Dice que quiere irse a vivir a Torrelavega, y tomar un café todos los días, y pasear por donde no lo conozcan a uno y hacer lo que se le antoje. Habla de la pena de dejar la casa donde uno ha vivido media vida y al mismo tiempo de la pena de llevar media vida viviendo en los mismos tres cochinos carros de terreno, con los mismos cien puñeteros vecinos. Eso dice. Pero Emilio y Mercedes ya no le escuchan. Sus ojos —los ojos de él, que solo miran el pasado; los ojos de ella, que solo miran al futuro— acaban de encontrarse.

1633 Una alcoba casi a oscuras, solo iluminada por el cabo de una vela. Los postigos echados, la puerta entornada, un arcón a los pies del lecho. El lecho: un amontonadero de fardos rellenos de paja de cebada, cubiertos por una piel de carnero. Acostados en el jergón, el cuerpo de un hom-

---

bre, el cuerpo de una mujer. La mujer busca los ojos del hombre, sin encontrarlos.

—Juan.

—Qué.

—¿Duermes?

—Qué quieres.

—Nada. Que me acuerdo.

—Ya.

—Del niño.

—Ya sé.

—La pobre criatura ni siquiera llegó a abrir los ojos.

—Mejor duérmete. No pienses en eso.

—Si está en el Cielo los habrá abierto ahí, el inocente. Si está en el Cielo. ¿Tú crees que estará en el Cielo?

—(...)

—Juan.

—Qué.

—¿Estará en el Cielo?

—No sé, no sé. Nadie sabe.

—Cuando le rociaste el agua y le hiciste las fórmulas y las bendiciones y las parafernalias todavía respiraba. No abría los ojos pero sí abría la boca. Yo lo vi.

—Sí.

—Y el bautismo de socorro también es bautismo y también salva las almas y las purifica y las lleva derechitas al Cielo. Lo dice el padre Bartolomé.

—Sí.

—Pero también dice que como tú bautizaste a la criatura no se bautiza. No eran palabras sagradas esas que dijiste, así que a lo mejor no sirvieron de nada. A lo mejor. Algo hizo, pero no sabemos qué. El Señor sabrá, que nosotros no.

—Hice lo que pude.

—Si al menos te las hubieras aprendido. Las palabras. Si hubieras aprendido a bautizar como Dios manda. «Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» No era tan difícil.

---

—Algo dije. Recé a Dios para que acogiera al niño y dije otras muchas cosas sentidas.

—Te faltó la cruz. No le hiciste la cruz. El agua que no se bendice es tan sagrada como los bebederos de las vacas. Y dijiste demasiadas cosas, tantas que conseguiste que las primeras no valieran nada. Quién sabe si por esas palabras de más lo condenaste, al niño.

—No digas eso. El Señor habrá sabido juzgar mi intención. Nuestra intención.

—El Señor no sé, pero el padre Bartolomé sabe muy bien que ese bautismo no valía de nada. Ni siquiera apuntó su nombre en el libro de bautismos, que es como si dijéramos el libro de Dios, ¿te das cuenta?

—Me doy cuenta.

—Y para salvarte tienes que estar en ese libro: así es como te conoce el Señor. Cuando le rezas mira en los libros de los curas, y si estás ahí, te escucha. Si no, hace como que no existes. Porque no existes. Como cuando vienen los prelados del Rey y hay que ponerles delante de las narices documentos que den fe de esto y de aquello.

—Mujer, el Rey necesita papeles porque hay cosas que ni siquiera el Rey sabe. Sabe mucho pero no todo. Pero no hay nada que Dios no sepa. Él no necesita ni libros ni curas.

—Sí. Es verdad. Dios Nuestro Señor lo sabe todo pero también nos lo exige todo.

—(...)

—A veces pienso, Juan.

—(...)

—Se me ocurre que Dios lo sabe todo y de todas formas puso a la misma hora una misa en Cigüenza y llenó de barro los caminos, para que ni por esas el padre Bartolomé llegara a tiempo. Y a ti no te puso más entendimiento para bautizar como Dios manda.

—(...)

---

—¿Sabes, Juan? Dios lo sabe todo pero nosotros no sabemos nada.

—(...)

—A veces me parece que los curas tampoco saben nada.

—(...)

—El padre Bartolomé dijo que solo Dios sabría si sí o si no. Si nos esperará en el Cielo o en el limbo, el pobrecito. Dijo que tal vez rezando mucho. Que había que tener fe. Que había que tener piedad. Yo no sé lo que es la piedad. ¿Lo sabes tú, Juan?

—(...)

—Sí. Tal vez rezando. Rezando mucho para que el Señor nos escuche y escriba su nombre en el margen del libro de los curas. Porque los curas también son hombres y también se equivocan, y como el Rey, hay cosas que no saben.

—Pues reza y luego duérmete.

—Eso, recemos. El padre Bartolomé dice que al Señor le gustan tanto los rezos como los buenos bautismos...

Suenan las campanas, cada vez más rápido: están tocando a bautizo. Se escucha el llanto diminuto del niño y el consuelo breve de una canción de cuna. Suenan las campanas. Una lenta sucesión de tañidos solemnes, graves: están tocando a muerto. Hablar en voz baja durante el velatorio y bisbisear un rezo y ensordecer los cencerros de las vacas para que también ellas hagan su duelo. Suenan las campanas. Están tocando a rebato, hasta hacer sangrar las palmas del campanero: es el toque de tente nublo. Cien gargantas repitiendo al unísono bajo la tormenta aquello de tente nube, tente nu, que Dios puede más que tú; si eres agua ven pacá, si eres piedra vete allá,

1722

1901

1630

---

a siete leguas de mi pueblo y otras tantas más allá. Las  
1970 campanas de la iglesia llamando a misa y la campanilla  
1799 de doña Rosa Elvira de la Torre llamando a su criada y el  
2002 timbre de la puerta de los Saravia remedando una cam-  
1974 pana. Sonidos que pretenden ser lo que no son: Vicente  
imitando el silbido de un tordo mientras empuña su es-  
1820 copeta y Catalina tosiendo para disimular lo que sea que  
está haciendo con Agustín bajo el sábano del molino.  
Sonidos que ya no volverán a escucharse: dos cuerpos  
1328 bajo el sábano de un molino. El ruido de dos espadas  
1592 que entrechocan: pardiez, bellaco, voto a bríos. El aulli-  
2019 do de un lobo. En las cunetas el canto de ningún grillo  
—es culpa de los pesticidas— y en la santa misa ninguna  
1965 declinación latina —es culpa del Concilio Vaticano II—.  
1920 Sonidos nuevos: el motor de un coche Hispano-Suiza. El  
1994 ruido blanco del televisor los días de tormenta. El ru-  
1981 gido de los tractores y el zumbido de las ordeñadoras  
1988 y Joaquín Prat presentando *El Precio Justo* y señora, ha  
2014 llegado el tapicero. Ruidos nuevos y al mismo tiempo  
2002 viejos. Ana escondiendo el módem de 56 kbps debajo  
del edredón, para que la sintonía de conexión no des-  
1903 pierte a su padre. Jaime de Villegas haciendo girar so-  
lemnemente el manubrio del gramófono —es el primer  
gramófono en la historia de Toñanes— y anunciando a los  
presentes con gesto dramático: «Todavía no han oído us-  
tedes nada». Y entonces, lo oyen. Música. Música en-  
cerrada en aquella corneta con apariencia de caracola.  
1965 Música en el templete de las fiestas de San Tirso y en el  
-12.524 / 1951 vestíbulo de la cueva. Música en la sala de cine de Nova-  
1996 les y música en el walkman de Teresa y Paula —un auri-  
cular cada una, en el trayecto de autobús al instituto  
1972 / 1703 Nueve Valles—. Música para bailar y para segar y para  
1936 aprender las tablas de multiplicar. Música para recordar  
2009 un verano que tuvo lugar hace muchos veranos. Música  
2007 para explicar —su problema es que escucha demasia-  
da música rock, sentenciará el padre de Alejandro en la

---

reunión de padres de alumnos—. Y ahora, para los nostálgicos, un pasodoble. Ancianos o casi ancianos que se precipitan risueños a la campa de la verbena y concluyen los mismos bailes que emprendieron en la posguerra, ya sin hambre pero con frío, ya sin miedo pero con la maldita ciática. Bailes que terminan, entre aplausos: la música que tarde o temprano cesa. Tras la música, el silencio. El silencio o algo parecido al silencio —la paz del campo mis cojones, proclamará furiosamente Armando en su comentario de una estrella sobre cinco en Tripadvisor: los putos gallos no me dejaron pegar ojo en toda la mañana—. Casi el silencio: como un bajo continuo el rumor del mar y del río, el mismo mar y el mismo río que debió de escuchar Tonneius cuando Toñanes todavía no se llamaba Toñanes. Casi el silencio o en absoluto el silencio —la lluvia contra los tejados y el viento entre los árboles y las gaviotas chillando sobre la era— porque el verdadero silencio no existe más que en la imaginación de los astrónomos y de los teólogos. Ni siquiera en la celda de sor Bárbara Gómez de Carandía, que lleva quince años persiguiendo el silencio absoluto, por aquello que dicen los Padres de la Iglesia de que solo en el silencio puede escucharse la palabra de Dios: y sin embargo siempre, antes o después, un ruido, un mueble que cruje, la atareada labor de una mosca contra la ventana, incluso un leve rumor de sus tripas, qué repugnancia; su cuerpo, una vez más, erigiéndose en obstáculo entre Dios y su alma. El ruido de las propias tripas como prueba de que Dios aún no ha llegado, de que seguimos estando vivos. El ruido como antídoto contra la muerte, porque solo la muerte consiente el silencio. El bebé que cuelga bocabajo en las manos de la comadrona, aún no respira, y Andrea que no puede dejar de mirar el cuerpecito exánime de su hijo, un azote, el silencio tan grande de aquella cosa tan pequeña, otro azote, y entonces, cuando parecía que no, al fin, el llanto. Gracias, Dios mío, mur-

2012

2018

2021

313

2021

1758

1907

---

1722 mura Andrea en una oración sin ruido: una oración solo para los oídos de Dios. Suenan las campanas, cada vez más rápido: están tocando a bautizo.

1880 Uno de mayo. Suenan las campanas de la iglesia: están tocando a concejo abierto. Contestan, pequeños y rabiosos, los campanos de las vacas; todas las vacas y todos los campanos al tiempo. El pueblo entero parece hoy un inmenso rebaño. Vacas que salen de las portillas y vacas que salen de las cuadras y vacas que bajan trotando por las callejas y las camberas, hasta reunirse frente al pórtico de la iglesia. Todas llevan, grabada a hierro en la grupa, la palabra *Toñanes*; no sea que haya malentendidos ni litigios, como aquella vez que hubo que disputar con los de Cóbreces una vaca que no venía marcada. El pastor comunal ha ido anotando también en sus papeles el número de vacas que aporta cada vecino. Es analfabeto, el pastor, lo mismo que la mayoría de los vecinos que le confían sus reses, así que en realidad no escribe las cuentas: las dibuja. Mira el escudo tallado en la fachada de cada casa y reproduce lo que ve. Un león para los Gómez, un lobo para los Ruiloba, un dragón para los Tagle. Junto al dibujo, los palitos: tantos palitos como vacas. Ciento veintidós palitos en total. Ciento veintidós vacas que se despiden de sus dueños durante cinco meses para ir a paecer a los montes altos de Reinosa, donde el pasto parece no acabarse nunca.

—Cuídamela a la Carmela, ¿eh? Que la quiero yo más a esa vaca que a las niñas de mis ojos...

No tiene por qué preocuparse: la cuidará con su vida. A la Carmela y a la Duquesa; a la Pinta y a la Orejona y a la Asturiana; a las vacas monchinas y a las tudancas. Si hay despeñaduras, las conducirá por el camino menos áspero. Si oye aullar al lobo, le echará encima los perros.

---

Si comparecen los ladrones de ganado, sacaré el trabuco. Nada tienen que temer, los señores.

—Mire qué hermosa se la dejó, ¿eh? Tan gorda y tan hermosa, de vuelta...

Suenan otra vez las campanas de la iglesia. Primero de mayo a las doce en punto de la mañana: la hora y el día. A un silbo del pastor, los sarrujanos comienzan a agitar sus varas y el rebaño se pone lentamente en marcha, coreado por el ladrido de los perros. Delante la Carmela, que por ser la vaca más garbosa de todas le corresponde llevar el campano más grande del pueblo. Detrás, todas las demás. Aún más atrás: el pueblo. Las vacas que se marchan y el pueblo que como cada año se queda. Ancianos y niños, mujeres y hombres: todos corren a apostarse en las portillas y las tapias para despedirlas. Al paso de las reses algunos abren y cierran la boca, como si hablaran, pero por debajo de la tormenta de cencerros no se escucha nada. O tal vez es verdad que no dicen nada: solo se quedan ahí, muy quietos, los ojos vidriosos y como estancados en el lomo de las vacas que se alejan. No sonríen, pero están contentos. Al menos deberían estar contentos. Tantas veces se quejaron de sus muchos trabajos: ordeñarlas, sacarlas al verde, sangrarles la oreja para curarles la solengua. Llevarlas y traerlas por la mies. Limpiar la cuadra para ellas. Segar para ellas. Vivir, en suma, para ellas. Tantas veces lo dijeron: mataría por que llegue de una vez el primero de mayo. Y sin embargo. Sin embargo siguen todavía ahí, clavados en la orilla del camino, mucho tiempo después de que la última vaca haya desaparecido en el horizonte; los ojos fijos en las montañas lejanas.

—Juan.

—Qué. Qué quieres, Juliana.

1633



---

—¿De qué color crees que tendría los ojos?

—¿Quién?

—Quién si no. El niño. ¿Crees que los tendría castaños como yo o azules como tú?

—Qué sé yo, mujer. Y deja de llamar niño al niño. Se llamaba Juan.

—No se llamaba Juan.

—Bueno. Juan Domingo.

—Sabes muy bien que no se llamaba Juan ni Domingo ni de ningún modo. El nombre no existe ni vale para maldita la gracia hasta que te llueven encima las aguas del bautismo. Un bautismo hecho como Dios manda. Lo dice el padre Bartolomé.

—Pues el Bautista tenía nombre y nadie lo había bautizado.

—El Bautista se llamaba Bautista porque hacía bautismos.

—Se llamaba Juan. Y Jesucristo se llamaba Jesucristo.

—Los nombres sin bautismo no valen, asno. Es como cuando le decimos el Viejo a Pedro o Toribio el Negro a Toribio. No son sus verdaderos nombres. No para Dios. El niño se llama Juan Domingo para nosotros, pero para Dios no se llama de ninguna manera.

—(...)

—Pienso mucho en eso, ¿sabes? En lo triste que debe de ser morirse sin nombre. Y pienso en sus ojos. En cómo serían. ¿Crees que los tendría castaños como los míos o azules como los tuyos?

—(...)

—A Manuel al menos pudimos vérselos. Dos meses tuvimos para eso, para verlos. Me daba miedo de que tuviera mis ojos, pero no. Los tenía azules, como tú. Parecían tus ojos. Tan bonitos. Con esos ojos habría engarfiado a no pocas muchachas, te lo digo yo.

—(...)

---

—¿Sabes, Juan? Cuando te conocí pensaba que eras muy buen mozo. Pero lo que más me gustaba de ti era lo azules que tenías los ojos...

—(...)

—Y a ti te gustaban mis tetas, ¿te acuerdas? Eso decías siempre. Que te gustaban mis tetas.

—(...)

—Decías que con ellas se podría amamantar a un escuadrón de coraceros, ¿te acuerdas? Me las tocabas y me las chupabas y decías que de ellas comerían al menos doce criaturas. Doce criaturas y también tú. Eso decías.

—(...)

—Te gustaban mis tetas para alimentar a tus hijos pero no sabías lo de mi vientre. No sabías que tengo el vientre muerto y por eso solo puedo parir criaturas muertas.

—Ya calla y duérmete, mujer.

—Ya me callo, Juan. Yo me callo y en paz. Es solo que a veces me acuerdo de eso. De las cosas que me decías en el molino. Cuando me mordías la oreja y me decías: Juliana Juliana Juliana. Todo el tiempo mi nombre, como si te lo estuvieras aprendiendo. ¿Te acuerdas? Yo me acuerdo de eso y también del niño. De lo triste que debe de ser morirse sin nombre...

—¿Te callarás o no te callarás, Juliana?

El hermanito —o la hermanita— todavía no tiene nombre. Esa circunstancia, que un miembro de la familia no tenga nombre, escapa a la comprensión de Marta. Porque todos en casa tienen uno. Mamá se llama Mercedes, papá se llama Emilio; su hermana mayor se llama Diana, y Marta, claro, se llama Marta. Hasta la casa que acaban de comprar tiene nombre: se llama Casa Sevilla. A partir de ahora pasarán los veranos en un pueblo llamado

1984

---

Toñanes. Toñanes: otro nombre. Pero el niño —la niña— que está en la barriga de mamá todavía no tiene nombre alguno.

—¿Por qué no tiene nombre, mamá?

—Porque todavía no sabemos si es niño o niña.

—Y si es niña, ¿cómo la llamamos?

Papá y mamá intercambian una mirada divertida de lado a lado de la mesa.

—Todavía tenemos que pensarlo.

—Bueno. Pero si es niña no la llaméis Marta.

—Ni Diana tampoco —interviene Diana.

—Ni Marta ni Diana: os lo prometo.

—Y si es niño, que no se llame Emilio tampoco. Que Emilio es un nombre muy feo.

—Lo que hay que oír —murmura papá desde el pasillo.

No se llamará ni Diana, ni Marta ni Emilio. Solo de eso pueden estar seguras. Lo demás está por verse. Ya veremos: eso es lo que siempre dice su madre, tanto si se trata del nombre del hermanito —la hermanita— o de decidir si mañana irán o no irán a jugar al parque de la Marga.

—¿Y por qué la casa de Toñanes se llama Casa Sevilla? —pregunta Marta, que de un tiempo a esta parte no cesa de dar vueltas a los nombres de las cosas.

—Eso es porque en ella vivía el tío Mino. Y al tío Mino lo llaman Sevilla, porque cuando era joven se fue a trabajar a Sevilla.

—Ahora vive en Torrelavega, el tío Mino —responde Diana con voz doctoral.

—Sí.

—Porque nos ha vendido la casa.

—Eso es.

—¿Y por qué nos ha vendido la casa? —pregunta Marta, incombustible.

—Pues porque sí. Porque quería que la tuviéramos nosotros. Para que pudierais jugar en el jardín.

---

—Nosotras y el niño.  
—O la niña —corrige Diana.  
Mamá suspira.  
—O la niña, o la niña.

Las niñas de Casa Sevilla. Así es como han comenzado a llamarlas en el pueblo. Porque Sevilla puso el nombre a Mino, y Mino puso el nombre a la casa, y ahora la casa les pone el nombre a ellas. Ocurre ya la primera vez que bajan al puente a jugar con los demás niños. Vosotras sois las de Santander, las de Casa Sevilla. Eso dice David, y el resto de los niños del pueblo —Maite, y Diego, y Juanma, y Carmencita, y el Chino— están de acuerdo. Ellas fruncen el ceño. Yo soy Diana, dice Diana. Y yo, Marta. De nada sirve: son las Sevillas. Lo son cuando juegan al escondite —«¡Por las Sevillas!»—. Lo son jugando a la guerra —«¡Declaro la guerra a... Sevilla!»—. Lo son incluso para los padres y los abuelos de los niños —«Carmencita, diles a las Sevillas que si quieren venir a merendar contigo»—. Ellas siempre quieren, porque en casa de Carmencita se preparan bocatas de nocilla deliciosos que se sirven exactamente a las cinco cuarenta y cinco de la tarde. Quieren, pero a regañadientes.

—Yo me llamo Diana —repite Diana mientras mastica, con la boca toda manchada de chocolate.

—Pues yo me llamo Carmina —responde la abuela de Carmencita— pero todos me llaman Mina.

—¿Porque cuando eras joven te fuiste a trabajar a una mina?

Una risa larga y desdentada, que Diana no sabe cómo interpretar.

—Sí, hija. En una mina de oro, trabajaba yo.

Los niños de Toñanes son majos —bastante majos, puntualiza Diana— pero también un poco extraños. Cuando echan a suertes a quién le toca comenzar un juego, por ejemplo, no dicen aquello de en un café se rifa un pez al que le toque el número diez, sino tucu mucu yo

---

tenía un criaúcu que sabía retejar retejaba a la primera pim pam fuera. ¿Qué es eso del criaúcu? ¿Tucu mucu, por qué? Y eso de retejar, ¿qué significa? Los niños se encogen de hombros. No sé: se dice así. Las cosas en Toñanes siempre se dicen diferente. No llaman al campo los pastos, como Heidi, sino mies o prau. No dicen maíz, sino máiz. No dicen caca, sino boñiga, o moñiga. No dicen Santander, sino capi.

—Vosotras no sabéis jugar a esto porque sois de la capi.

—No somos de la capi, somos de Santander.

—Pues eso.

Cuando van a buscarlas a casa —¡que si venís a jugar!, gritan desde la carretera— se quedan un rato apoyados detrás de la tapia, viendo ir y venir a sus padres por el jardín.

—Tu padre no sabe usar el dalle.

—¿Qué es el dalle?

—La cosa esa con la que se corta el verde.

—Ah.

—Tiene que enseñarle mi padre. Mi padre es el que mejor corta el verde de todo el pueblo.

Un hombre que no sabe usar el dalle les intriga, pero mucho más una casa que no tiene ni huerto, ni vacas, ni gallinas. Una casa que no se sabe para qué está:

—¿Vais a vivir aquí o qué?

—No, a vivir no. Vamos a pasar los veranos y los fines de semana. Nos vendió la casa el tío Mino, para que pudiéramos jugar en el jardín.

—¿Pero tu padre es de Toñanes o no es de Toñanes?

—No sé.

—Mi padre dice que tu padre no es de Toñanes. Que el que era de Toñanes era tu abuelo. Y que tu madre no es de aquí tampoco.

A veces se quedan mirando el Seat 127 blanco, los vestiditos impolutos de las niñas, sus zapatitos acharolados.

---

Pero miran, más que ninguna otra cosa, el columpio de metal que sus padres acaban de instalarles en el jardín.

—¿Vosotras sois ricas o qué?

Marta y Diana se consultan con la mirada.

—No sé —dice Marta.

—Creo que no —responde Diana.

—¿Pero trabajan o no trabajan, vuestros padres?

—Sí que trabajan. Son maestros.

—¿Y os dan clases a vosotras?

—No, a nosotras no. A otros niños.

—Y a vosotras, ¿quién os da clase?

—Pues otra maestra.

—Ah.

Esa misma noche, durante la cena, Diana no cesa de revolver el puré de patata con la cuchara, sin acabar de llevárselo nunca a la boca.

—Papá, ¿nosotros somos ricos?

—Qué vamos a ser ricos. ¿Sabes quién es rico? Botín. Ese sí que es rico.

Diana decide abordar la cuestión desde otro flanco.

—Pero esta casa, ¿cuánto nos costó?

—Pues mira, te lo voy a decir. Tres millones. Todo lo que teníamos ahorrado. ¿Te parece que hicimos mal negocio o qué?

Diana abre mucho los ojos.

—Entonces... ¡somos millonarios!

Todos se echan a reír. Mamá y papá primero, y Marta después, un poco rezagada, sin saber por qué ríe.

—Éramos millonarios —contesta papá—. Ahora tenemos una casa.

Diana reflexiona un instante.

—Dos casas. La de Santander y esta.

Dos casas. Millonarios, por lo tanto. Pero eso Diana ya no lo dice.